

EL DIARIO DE LÁZARO

EDUARDO MARTÍNEZ



El diario de Lázaro

Eduardo Martínez

Editado por:

ShotWords Transmedia, S.L.

www.shotwords.com

info@shotwords.com

Impreso en España

ISBN: 9788416179374

Diseño:

© 2014 Daniel Strömbeck Brusén

Maquetación y producción: Lantia Publishing, S.L.

© 2014 Eduardo Martínez

© 2014 ShotWords Transmedia, S.L., de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

*A mi hijo Eduardo.
Ojalá algún día puedas sentirte tan orgulloso
de tu padre como yo lo estoy del mío.*

SINOPSIS

Corren los primeros días del verano de 1936. El joven historiador Lázaro Salcedo, que se encuentra catalogando el archivo de la catedral de Toledo, se ve atrapado en la ciudad durante el cruento asedio del Alcázar. La explosión de un obús tira abajo una pared desvelando un cofre oculto que contiene el acta fundacional de una orden medieval de la que nadie tiene noticia, la Orden del Espejo, custodios de la legendaria reliquia llamada la Tabla de Salomón.

Cuatro años después, con media Europa bajo la temible sombra de la cruz gamada, los miembros de la sociedad nazi Ahnenerbe llegan a España dispuestos a encontrar la legendaria reliquia que confían les otorgará la victoria final en el conflicto. El gobierno de España obligará a Lázaro a colaborar con ellos en la búsqueda. Arrancará entonces una investigación que le pondrá bajo el punto de mira de las antiguas sociedades secretas que lucharon por controlar la Tabla de Salomón y con ella el destino del mundo.

Con la novela *El Diario de Lázaro* arranca la más importante experiencia transmedia creada en España, La Tabla de Salomón. Una experiencia que sumergirá a los participantes en la misma en un viaje en el tiempo de más de trece siglos por la historia oculta de España.

Prólogo

Torrelaguna, septiembre de 1880

Los fieles salían del templo de la iglesia de María Magdalena, en la villa de Torrelaguna, mientras el todavía cálido sol de septiembre se ocultaba tras las cumbres de la sierra madrileña. Todos ellos eran gentes de campo, que habían acudido al oficio vespertino, en víspera de la festividad del patrón de la villa. Desde la puerta del hermoso edificio gótico, don Alfonso, el párroco, observaba complacido cómo su grey regresaba a la tranquilidad de sus hogares. No obstante, la frágil figura del último hombre en abandonar el templo le llenaba de inquietud. Se trataba de Fernando Ventura, un forastero ya anciano, antiguo maestro de escuela, que había llegado a la villa hacía tan sólo un par de años. Hombre leído, discreto y prudente, que apenas había trabado más amistades que las de don Alfonso y la del boticario, con los que acostumbraba a sentarse tarde tras tarde, con puntualidad religiosa, en el bar de la plaza a departir sobre los asuntos de la política nacional.

Tras ausentarse del pueblo las dos últimas semanas, había acudido esa tarde por vez primera desde que llegara a Torrelaguna a escuchar la Santa Misa. Y a ojos de don Alfonso el hombre que se había sentado en la última fila de la iglesia, y que había mostrado un fervor inusitado, parecía en verdad otro bien distinto del que llevaba tratando todo ese tiempo. Como si ese hombre se hubiera quitado una máscara y estuviera mostrando por vez primera su auténtico rostro. El rostro, y eso lo sabía después de años de dar la Extremaunción, de un hombre a que le queda poco para rendir cuentas ante el Creador.

El hombre al que sus vecinos llamaban Fernando Ventura dejaba atrás la plaza mayor de la villa y al párroco con el que había trabado amistad sin poder sospechar los acertados pensamientos de éste. Y es que bajo ese nombre falso se escondía un antiguo jesuita llamado Jesús Zafra. Un hombre de una cultura vasta, sobre cuyos hombros, antaño fuertes, descansaba un secreto milenario. Un secreto capaz de cambiar la faz del

mundo para siempre. Y es que Jesús Zafra, desde hacía tan sólo tres años, era el único custodio de una reliquia casi legendaria. Un objeto de poder por cuya posesión se había derramado sangre durante siglos. La Tabla de Salomón.

Con paso cansado, el hombre que tiempo atrás se llamó Jesús Zafra, recorrió los apenas doscientos metros que le separaban de su pequeña vivienda, en la segunda planta de un viejo edificio que quizás ya estaba en pie cuando la hermosa iglesia fue construida por orden del cardenal Cisneros. Al entrar en ella, aferrándose el pecho con la mano derecha, se dejó caer en una silla que había junto a la puerta. La dura labor que había realizado las dos últimas semanas había agotado sus menguadas fuerzas. No era un hombre dado al autoengaño, y sabía que estaba cercana la hora de su muerte. Y, a pesar de su profunda e inquebrantable fe, sintió miedo. Un miedo que poco tenía que ver con su próximo encuentro con el Creador. Si de algo estaba seguro era de que llegado el fin de los tiempos, cuando todas las almas fueran juzgadas, podría presentarse ante el Señor sin mácula alguna. Su miedo era bien distinto.

Una vez recuperado el resuello se levantó y llegó hasta el buró de madera de cedro que le había acompañado desde su tierna infancia, el único recuerdo de sus padres, y en el que se almacenaban las conclusiones de toda una vida dedicada al estudio. Y es que Jesús Zafra era, ante todo, un hombre de ciencia. Para él la ciencia era la manera en que los hombres inteligentes descifraban la obra del Señor; y gracias a la ciencia se podía conocer la grandeza de la Creación. Y a ello se había dedicado con todas sus fuerzas durante sus más de cincuenta años de servicio en la Compañía de Jesús. Trabajos coronados por el descubrimiento del secreto que ahora pesaba sobre su alma. Del secreto que le había convertido en un traidor a ojos de los suyos. Del secreto que debía llevarse a la tumba.

Sin embargo todavía le quedaba una labor que realizar. No le importaba gran cosa que aquellos que le llamaron hermano durante tantos años ahora le consideraran un traidor, porque ese era el precio que debía pagar por la salvación de su alma. Pero el único hombre al que había amado como a un hijo, su sobrino Sebastián Velasco, el único hijo de su hermana pequeña, merecía conocer la verdad. No podía permitirse dejar este mundo sin contar a su sobrino toda la verdad.

Se plantó frente al buró y abrió su tapa, dejando a la vista las ordenadas resmas de papel, cubiertas por su pulcra letra, donde se desgranaban uno tras otro los

mecanismos que activaban la legendaria reliquia cuyo paradero secreto se llevaría a la tumba. Cientos y cientos de páginas de reflexiones, deducciones erróneas y algunas de ellas afortunados aciertos, producto de la observación y el estudio de décadas. Pasó la mano sobre el papel, acariciándolo, despidiéndose de él. Tras soltar el aire que llevaba largo rato conteniendo de forma inconsciente, tomó las resmas y con ellas en la mano se aproximó a la cocina de hierro. Tras abrir la puerta del carbón las depositó dentro y, tomando un fósforo, comenzó a prender las páginas. Y allí se quedó un buen rato, viendo arder el trabajo de su vida, como hipnotizado por el baile de las llamas.

Cuando se aseguró que no quedaban más que cenizas volvió hasta el buró y se sentó frente a él. Tomando una hoja en blanco y su pluma comenzó a escribir.

“Querido Sebastián:

En la vida de un hombre hay cartas que por su especial gravedad no se sabe bien cómo comenzar. Éste no es mi caso. Lo primero que debo decirte en esta mi última carta es que te he querido toda la vida como al hijo que jamás tuve. O, al menos, eso quiero creer. En cierta ocasión mi hermana, tu madre, me dijo que aquellos que no hemos sido padres apenas podemos llegar a atisbar cuán grande es el amor que se siente por los hijos. No obstante quiero creer que ese no es mi caso. Y, de ser así, puedo jurar por la memoria de mis propios padres que jamás amé tanto a una persona como te amé a ti, querido sobrino.

Por ese motivo te escribo estas últimas líneas, para que sepas que no soy ningún traidor. Que mi decisión de desaparecer llevándome conmigo la Tabla no sólo fue la mejor decisión, sino la única que se podía tomar. No puedo permitirme pasar a la otra vida sin explicártelo todo, sin hacerte ver que tu tío fue un hombre bueno que aceptó convertirse en Judas para la salvación de todos.

Durante años me acompañaste en mis estudios sobre la Tabla. Juntos la escondimos de aquellos hombres que querían apoderarse de ella para sus fines impíos. Sabes tan bien como yo de algunos de los prodigios que la reliquia es capaz de realizar. Pero no sabes de todos. Querido Sebastián, has de saber que lo hice. Aquellos días de la Navidad de 1877, mientras nos escondíamos de los hombres del cardenal Sebastiani, se obró el milagro. Porque no puedo definir de otra forma la inspiración que se apoderó de mí. Tan sólo la mano de Dios puede estar detrás de mi descubrimiento. Lo asombroso,

Sebastián, es que la respuesta era atterradoramente sencilla. El Shem Shemaforash estuvo siempre ante nuestros ojos. La secuencia para descifrar las Palabras de Creación es tan sencilla, tan asombrosamente sencilla, que tan sólo puede calificarse como genial. Fuera quien fuera el artífice de la Tabla, si es que fue el rey Salomón, era un genio como no ha habido otro. Y te juro que te harían falta diez vidas como la mía para imaginar lo que se puede hacer con la Shem Semaforash. Te lo digo yo, que lo he contemplado con mis propios ojos.

No, no veas en estas líneas los desvaríos de un loco. Si de algo puedes seguir estando seguro es de mi cordura. Ya has visto con tus propios ojos algunos de los milagros que la Tabla puede realizar. Créeme ahora cuando te digo todo esto. Querido Sebastián, el poder de la Tabla es tal que no puede dejarse en manos de los hombres. No importa cuán buenas sean sus intenciones, cuán nobles sus ideales, el poder absoluto reside escondido en la Tabla de Salomón. Y si el poder corrompe a los hombres, el poder absoluto nos corrompe absolutamente. Sebastián, hijo, la Tabla puede convertirnos en dioses. ¿Acaso no es ésta suficiente razón para esconder la reliquia para siempre?

Quizás ahora te preguntes por qué no he destruido la Tabla, si tan seguro estoy de lo que afirmo. No lo he hecho porque no se puede hacer. La Tabla es una creación tan perfecta que no puede ser destruida. O, al menos, no sé de qué forma podría hacerse. Así que durante los dos últimos años he trabajado sin descanso para esconderla donde nadie jamás pueda hallarla. Pero, querido hijo, si algo hemos aprendido estos años es que la tenacidad del hombre puede vencer barreras que parecían infranqueables. Yo ya no viviré mucho más tiempo, por lo que no podré continuar con la labor de custodia que tus hermanos, mis antiguos hermanos de la Orden del Espejo, han llevado a cabo durante siglos. Sebastián, créeme cuando te digo que lo siento. Siento en el alma poner sobre tus jóvenes hombros esta misión, pero en nadie más que en ti puedo confiar. Sobre ti recae la responsabilidad de terminar la obra que he dejado inconclusa, asegurando el escondite definitivo de la Tabla.

A ésta mi última carta le acompaña la copia manuscrita de uno de los fragmentos del mapa que el obispo Ervigio realizó para ocultar por vez primera la Tabla. Lo he dejado todo dispuesto, y el segundo fragmento podrás encontrarlo grabado sobre mi lápida, aquí, en la villa de Torrelaguna, junto con las claves para poder interpretarlo. Unas instrucciones que a buen seguro sabrás interpretar.

Querido Sebastián, no imaginas cuánto me cuesta despedirme. A ti te envió todo el amor que he podido profesarte, y te ruego que sepas entender y perdonar al hombre al que un día tuviste el amor que se tiene a un padre.”

Mientras la dorada luz del atardecer que entraba por la ventana daba paso a las sombras de la noche, Jesús Zafra dejó la pluma en el tintero. Asegurándose de que la tinta estaba seca, guardó la hoja plegada en su sobre y, tras lacrarlo, lo depositó sobre el escritorio y cerró la tapa del buró. Por primera vez en mucho tiempo se permitió esbozar una sonrisa. Ya sólo tenía que resistir una noche más. A la mañana siguiente entregaría la carta para que fuera enviada y podría dejar que su fatigado cuerpo descansase por fin. Con gran esfuerzo se levantó de la silla y soplando la luz del candil sumió la habitación en las tinieblas.

Capítulo 1

Toledo, julio de 1936

Se pueden decir muchas cosas de Lázaro Salcedo, pero no que fuera un hombre de acción. Su lugar en el mundo estaba entre libros y papeles viejos. Su mente analítica y brillante sólo encontraba solaz en la interpretación de los enigmas del pasado. Era, en definitivas cuentas, un magnífico historiador. Pero tampoco podemos decir que fuera un cobarde. Más bien, todo lo contrario. Por esa razón su decisión de salir de Toledo no debía de interpretarse como un acto de cobardía.

Lázaro había llegado a Toledo el primero de julio de 1936. Hasta allí le había enviado la Dirección General de Bellas Artes para proceder a la catalogación del inmenso archivo de la Catedral de Santa María. Si bien el trabajo se le presentaba arduo, Lázaro sabía que de ello dependía lograr una plaza fija como profesor de historia medieval en la Universidad Central. Así que en su pequeña maleta, junto a un par de trajes, unas camisas y unas mudas remendadas por su madre, viajaban sus esperanzas de futuro.

Nada más llegar a la ciudad del Tajo se hospedó en la pequeña pero cómoda pensión de doña Francisca, en la calle del Comercio, desde cuyas ventanas se podía ver la Catedral. Cada mañana, justo al despuntar el alba, Lázaro desayunaba rápidamente un café con pan duro del día anterior. Acto seguido paseaba con calma hasta el edificio del archivo, en cuyas frescas estancias escapaba de la canícula toledana. Allí, asistido por el siempre solícito hermano Ramiro, pasaba toda la jornada desarrollando su paciente labor. Y al caer la noche, con poco más en su estomago que lo tomado en un ligero almuerzo, regresaba a la pensión a la espera de que la casera tuviera a bien ponerle una copiosa cena, con el dulce agotamiento del trabajo bien hecho. Una apacible rutina que apenas duró poco más de dos semanas.

La noche del 18 de julio, al volver a la pensión, la noticia de la sublevación de ejército de África ocupó en exclusiva la tertulia de sobremesa. La opinión general era

que, en un par de días, todo habría acabado. Sin embargo, a partir de la mañana del 21 de julio el mundo se volvió loco. Tras leer el capitán Vela Hidalgo la declaración de Estado de Guerra en la Plaza de Zocodover comenzaron las detenciones de los mismos activistas de izquierda que días antes habían paseado por la ciudad como si fueran los dueños de las calles. Tan sólo la intervención del hermano Ramiro salvó a Lázaro, enviado del gobierno de la República y por ende sospechoso, de ser arrestado cuando los sublevados enviaron hombres a la Catedral. Un día más tarde una columna de soldados y milicianos enviados desde Madrid por el gobierno republicano se hicieron con el teórico control de las calles de la capital manchega. A poco de su llegada el asedio del Alcázar comenzó con toda su virulencia.

A pesar de los peligros Lázaro intentó progresar en su labor. No en vano desde la Dirección General de Bellas Artes le habían comunicado por escrito que siguiera con la catalogación del archivo, puesto que el gobierno de la República confiaba en que la sublevación fuese sofocada en unos pocos días, y por tanto su trabajo debía continuar. Como Lázaro Salcedo comprobó en sus carnes, una cosa era dar indicaciones desde la tranquilidad de un despacho en Madrid y otra bien distinta cumplir con su obligación en una ciudad en guerra.

Hacía tan sólo dos días que los sitiados en el Alcázar habían hecho una salida a la ciudad en busca de alimentos, y las calles se habían llenado de barricadas. A pesar de los documentos que le acreditaban, los milicianos comenzaban a mirarle mal cada vez que entraba y salía del edificio del archivo de la Catedral, el cual había quedado bajo su responsabilidad desde que el hermano Ramiro se refugiara en el Alcázar junto con los sublevados. Los estallidos de los obuses y las granadas de mortero, los disparos perdidos rebotando en las estrechas calles de Toledo, las miradas hostiles de todos aquellos con los que tenía que cruzarse a diario y, sobre todo, el llevar una semana sin noticias de los suyos, hicieron que tomara la determinación de volver a Madrid a cualquier precio.

La noche anterior había sido inusualmente calurosa, y las primeras luces del alba no hacían especialmente amables los rostros de los soldados y milicianos con los que Lázaro se cruzó en su último paseo hasta el archivo. La decisión la había tomado en medio de la madrugada, desvelado por el calor y las conversaciones de los hombres que vigilaban la barricada que había junto a la puerta de la pensión. A primera hora de la

mañana iría por última vez al archivo a recoger sus cosas y, a media tarde, buscaría algún camión de los que a diario realizaban el trayecto hasta Madrid para volver junto a su familia.

Caminando a buen paso, animado por la perspectiva de dejar atrás toda esa locura, Lázaro entró en las frescas estancias del viejo archivo. Mirando con pena el trabajo que dejaba inconcluso comenzó a meter todos sus papeles y anotaciones en la cartera de piel. Por la pequeña ventana que se abría a la calle de Arco de Palacio entraba la luminosa claridad del amanecer veraniego. Por un momento la quietud que se respiraba en esa enorme sala llena de anaqueles le hizo olvidar la realidad que le rodeaba. Súbitamente un silbido que había aprendido a reconocer le sacó de su habitual ensimismamiento. Era el sonido de un obús cayendo. Movido por el instinto alcanzó a lanzarse bajo la enorme mesa de pino macizo que dominaba el corazón de la sala. Un segundo después el mundo pareció venirse abajo con una poderosa explosión.

El tiempo pareció ralentizarse. La enorme nube de polvo que llegaba de la calle y que entraba por las destrozadas ventanas de la sala dibujaba un ambiente irreal. Todavía aturdido por la fuerte explosión salió de su improvisado refugio. A su alrededor la hasta hace unos minutos tranquila estancia del archivo se había convertido en un pequeño caos. Varios de los anaqueles yacían sobre el suelo de la sala, y cientos de documentos de enorme valor histórico cubrían el suelo. A pesar del pitido atroz que le impedía escuchar nada, Lázaro se puso de rodillas, tratando de recoger todos aquellos legajos para ponerlos de nuevo a salvo. Al hacerlo descubrió algo que le hizo olvidar todo lo demás. Tras el espacio dejado por uno de los enormes anaqueles que se habían derrumbado por la explosión había quedado al descubierto una hornacina en la que destacaba un pequeño cofre.

Pasando por encima del enorme mueble derribado, Lázaro, que sentía cómo el ritmo de su corazón se había disparado, se acercó hasta la hornacina para examinar de cerca el cofre. De madera de cedro probablemente, y repujado en plata, mostraba en su superficie el escudo de la corona de Castilla. El sello de cera intacto que lo cerraba, en el que también figuraba el escudo, le permitió datarlo a simple vista. Sin lugar a dudas el cofre era coetáneo de la construcción de la Catedral, durante el reinado de Fernando III de Castilla. A pesar de que como buen profesional sabía que debía dejar el sello intacto hasta que llegara a las manos adecuadas, una curiosidad insaciable se adueñó de

sus actos. Con un temor reverencial rompió el sello, permitiendo revelar así su contenido por primera vez en más de setecientos años.

Al abrirlo para Lázaro Salcedo se detuvo el tiempo. Dentro reposaba un hermoso pergamino lacrado, un documento firmado por el monarca castellano. Desplegándolo con sumo cuidado comenzó a leerlo, transcribiendo el latín de una primitiva pero compleja letra cursiva gótica castellana. En apariencia se trataba del documento fundacional de algún tipo de orden militar de carácter religioso de la que jamás había oído hablar, la Orden del Espejo. Y él, un joven investigador, era su descubridor. A pesar de la emoción inicial, al llegar a la mitad del texto, la incredulidad le obligó a leer hasta en tres ocasiones lo que llevaba allí escrito desde hacía tantos siglos. No, no había lugar a error, el documento era claro, y la firma del monarca daba fe de lo allí expuesto. Esa Orden del Espejo se proclamaba custodia de una reliquia legendaria. La Tabla de Salomón. Lázaro, apoyándose en la pared más cercana, se dejó caer hasta sentarse en el suelo, sin poder apartar la mirada de aquellas palabras, *Tabulae Salomonis*. Sin poder evitarlo comenzó a reír. La última noticia histórica fidedigna de la reliquia databa del siglo VI, y ahora él había vuelto a encontrar un hilo que conducía a su descubrimiento.

La emoción primera dejó paso al miedo. Miedo a que toda la barbarie que le rodeaba destruyera el documento. Hasta que las cosas no volvieran a la normalidad ese documento no podía ser estudiado y protegido. Así que sin dudarlo un solo segundo sacó de su cartera el cuaderno de notas que siempre le acompañaba. Si bien no podía sacar el documento de Toledo, sí que podía volver a ocultarlo y copiar su contenido. Espoleado por el temor de que alguien pudiera descubrirle, copió con toda la rapidez posible el texto íntegro en su cuaderno, así como la desconcertante cruz que figuraba en el cierre, a la cual sólo podía describir como una ese cruciforme. Tras hacerlo guardó de nuevo el documento en el cofre, el cual depositó en la hornacina. Con gran esfuerzo levantó el pesado anaquel que ocultaba el escondite del cofre. Tan sólo le quedaba confiar en que nadie descubriera lo que había ocurrido.

Dejando atrás los restos de la explosión, y cruzándose con los soldados y milicianos que acudían a ver qué había destruido el obús, consiguió llegar con relativa facilidad hasta la pensión. Esa misma tarde, con sus pocas pertenencias a cuestas, Lázaro Salcedo salió a pie de la ciudad del Tajo dejando tras de sí una ciudad en llamas. Tres días después, cubierto del polvo del camino, agotado, y con los ojos colmados de

los horrores que comenzaban a adueñarse de los paisajes españoles en forma de muertos en las cunetas, ejecutados a sangre fría por cualquier excusa; llegó a las calles de un Madrid peligroso, muy distinto al que había conocido. Un Madrid en guerra.

Capítulo 2

Madrid, octubre de 1940

Modesto de la Hoz avanzaba sonriendo por los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras con la seguridad del rey que visita sus dominios. Perfectamente peinado y afeitado, luciendo la vistosa cruz al Mérito Militar y la Medalla de Campaña en la solapa de su elegante traje de chaqueta cruzada hecho a medida, y arrastrando una leve cojera en la pierna izquierda, transmitía la imagen impoluta de héroe de guerra de la que tanto gustaba alardear. Primogénito de uno de los sostenes financieros del nuevo régimen, desde que las gestiones de su padre le consiguieran la plaza de catedrático disfrutaba enormemente paseándose por la universidad, ante la atenta mirada de las jóvenes hijas de la alta sociedad madrileña. Para Modesto la universidad no era más que un pasatiempo, una diversión temporal hasta que le llegara el momento de suceder a su padre.

Al llegar ante la puerta del despacho contiguo al suyo se detuvo.

- Lázaro, ¿estás ahí? –preguntó en voz alta tras golpear la puerta con los nudillos.
- ¡Sí, ya voy! –contestó una voz desde el otro lado, al tiempo que se escuchaba el ruido de una silla al arrastrarse y de unos pasos sobre el suelo de madera.

Unos instantes después la puerta se abrió, dejando a la vista un pequeño despacho dominado por una mesa abarrotada de papeles y libros. Lázaro Salcedo, con el nudo de la corbata a medio hacer y el pelo revuelto, parecía el contrapunto a Modesto. Con una franca sonrisa ambos hombres se dieron un cálido abrazo, palmeándose la espalda.

- Qué alegría verte truhán –dijo Modesto mientras se colocaba bien la chaqueta tras soltar a su amigo- ya me contarás qué tal has pasado estos dos meses buceando entre tus papeles viejos.

- No todo lo bien que me habría gustado, aunque...
- Ya tendrás tiempo de contármelo todo, que el curso es muy largo –le interrumpió mientras arrancaba de nuevo a andar en dirección contraria-. Ahora sígueme, que tenemos un asunto que tratar y, ya de paso, tengo que presentarte a alguien.
- Pero Modesto, tengo que estar en el aula en diez minutos.
- Olvídate hoy del aula –le dijo sin detener el paso ni volver la vista atrás-, ya se encargará Ramírez de dar la clase por ti. Vamos, que tenemos prisa.

Lázaro cerró la puerta con llave y salió al trote tras su amigo, el cual seguía hablando como si tal cosa unos metros más adelante.

- Antes de meternos en faena, recordarás que te hablé de cierta señorita que me presentaron en Tetuán, Inés Iturriaga. Pues bien, tengo el placer de anunciarte que éste que te acompaña ya es un hombre comprometido.
- Pero qué me dices Modesto, ¡enhorabuena amigo mío!
- No acaba aquí la cosa Lázaro. En este momento nos debe de estar esperando en el hall de la facultad. Por deseo de su padre la señorita Iturriaga comienza a cursar este año estudios de filosofía y letras, así que tendrás a mi prometida como alumna. Ya puedes cuidarla bien.
- Claro qué sí, qué cosas tienes. ¿Y de que se trata ese otro asunto?
- A su debido tiempo Lázaro, a su debido tiempo.

Finalmente llegaron hasta el amplio hall de la facultad, en ese momento lleno de estudiantes que entraban desde la calle San Bernardo, preparándose para comenzar el curso. Y allí abajo, a los pies de la escalinata que descendía hasta el primer piso, destacando como una isla en el océano, les esperaba Inés Iturriaga. Pequeña, con el corto cabello moreno recogido bajo un sombrero blanco que hacía juego con su fresco y alegre traje, que contrastaba con la sobriedad en el vestir de sus compañeros, la prometida de Modesto miraba con peculiar atención todo cuanto la rodeaba. Al alzar la vista hacia arriba y ver a su prometido, sonrió. Una sonrisa brillante, franca. Sin embargo fueron los ojos de Inés, dos joyas de un verde esmeralda que parecían desnudar los secretos del mundo, los que hicieron que Lázaro se olvidase de todo lo que le rodeaba.

Modesto le sacó de su ensimismamiento al sujetarle por el codo, invitándole a bajar las escaleras

- Guapa, ¿verdad? –le dijo en un susurro sin dejar de sonreír mientras bajaba con parsimonia, haciendo más evidente su cojera. Al llegar junto a la muchacha la tomó las manos y la besó en la mejilla –Inés, querida, permite que te presente a tu nuevo profesor de historia medieval, mi amigo Lázaro Salcedo.
- Modesto me ha hablado mucho de usted –dijo Inés, mientras tendía la mano con educación.
- Un placer señorita –contestó Lázaro mientras apretaba con delicadeza la mano de la joven, la cual le sorprendió con un apretón firme-. Y, por favor, mientras no estemos en el aula puede tutearme.
- Sólo si tú también me tuteas Lázaro -le dijo mientras retiraba la mano y se agarraba del brazo de Modesto.
- Muy bien seño...perdón, Inés.

Inés se volvió hacia su prometido, el cual estaba pendiente del chófer uniformado que acababa de entrar por la puerta de la facultad.

- Querida, me temo que debemos privarnos de tu maravillosa compañía. Lázaro y yo tenemos asuntos que tratar. Espero verte esta noche en casa de tus padres. –Y sin apenas prestar más atención a su prometida la besó de nuevo en la mejilla y avanzó hacia el chófer haciéndole una seña con la mano.

Lázaro se quedó un momento más junto a Inés, resistiéndose a irse.

- Bien Inés, supongo que mañana nos veremos en el aula –le dijo extendiendo la mano- aunque allí serás la señorita Iturriaga, claro.
- Y tú el profesor Salcedo, claro- contestó ella con su peculiar sonrisa, manteniendo apretada la mano de Lázaro tanto tiempo como el decoro podía permitir.

Finalmente Lázaro se dio la vuelta y cruzó junto a su Modesto la puerta que daba a la calle. En cuanto los vio desaparecer Inés miró a los lados temiendo que alguien conocido hubiera visto la escena. Repentinamente sofocada se sentó en un banco

cercano, sintiendo cómo le flaqueaban las piernas. No podía entender cómo había sido tan atrevida con ese hombre, el mejor amigo de su prometido. Sin embargo, aunque ya no le tenía delante, creía seguir notándolo cerca. Y eso era algo que jamás había sentido.

Al cruzar el umbral Lázaro se encontró a una pequeña multitud de estudiantes y curiosos que miraban al espectacular vehículo que estaba estacionado en la acera de la calle San Bernardo, frente a la puerta de la facultad. El chófer que había visto antes, un hombre alto y rubio con aspecto de extranjero, se encontraba de pie sosteniendo abierta una de las puertas del flamante Mercedes negro. Modesto, ya sentado en su interior, le indicó con un gesto que le acompañase. En cuanto Lázaro se hubo sentado sobre los mullidos asientos de cuero, el conductor cerró la puerta y rodeó el vehículo con parsimonia antes de ocupar su lugar y poner el coche en marcha. El poderoso motor de ocho cilindros y ciento cincuenta caballos de potencia lanzó el Mercedes calle abajo, en dirección a la Gran Vía.

Lázaro, siempre paciente, esperó a que Modesto le dijera algo de qué diablos era todo esto. De naturaleza opuesta a la suya, Modesto no podía guardar un secreto por mucho tiempo. Sin embargo en esta ocasión parecía estar haciendo gala de una contención muy extraña en él. No fue hasta llegar al cruce con la Gran Vía que Modesto decidió dejar de mirar por la ventanilla del vehículo y comenzar a hablar.

- Bueno, ¿qué te ha parecido?
- ¿El coche? Impresionante.
- ¿Qué coche ni qué niño muerto? Inés, diantre, me refiero a Inés.
- Perdona Modesto, ya sabes lo despistado que soy para ciertas cosas. Muy guapa, –contestó algo azorado- qué te voy a decir. Enhorabuena de nuevo.
- Sí es guapa sí. Y, créeme, tiene un carácter de mil demonios. Me da a mí que voy a tener que domarla. En fin, y tú qué tal, ¿encontraste algo en Toledo?

En esta ocasión fue Lázaro el que, mirando por la ventana, guardó silencio unos instantes. El verano parecía no querer despedirse de Madrid y los cafés de la recién bautizada avenida de José Antonio, aunque todos los madrileños la siguieran llamando la Gran Vía, luchaban por recuperar algo de la alegre vida anterior a la guerra.

- En Toledo todo fueron trabas. El hermano Ramiro era mi única posibilidad de ayuda, y desapareció durante la guerra. Y a pesar de la autorización del ministerio me deniegan el acceso al archivo. Sin el documento no tengo forma de probar lo que ví.
- Bueno, tienes la transcripción del documento. Y sabes que yo te apoyaré en lo que sea necesario.
- Pero deberías saber tan bien como yo que eso no sirve de nada. Sin el acta como prueba ni siquiera los contactos de tu familia podrían evitar que me convirtiera en el hazmerreir del mundo académico. He luchado mucho por llegar hasta aquí.
- ¿No estarás pensando en rendirte?
- ¿Rendirme, yo? Ni loco –contestó con una media sonrisa.
- Diablos Lázaro, dime qué as te estás guardando en la manga. Conozco esa sonrisa tuya.

Lázaro guardó unos segundos de silencio mientras el vehículo dejaba atrás la Puerta del Sol y se detenía en la puerta de Lhardy. Silencio que no rompió hasta que el motor del vehículo se apagó y el chófer salió por la puerta.

- En Simancas he encontrado algo Modesto –dijo con un gesto triunfal- algo crucial en mi investigación sobre la Tabla. El Archivo no sufrió en absoluto durante la guerra y nadie lo ha purgado. Tengo un nuevo hilo del que tirar. Y esta vez es bueno.

Modesto, mientras se acercaba a su amigo, hizo un gesto al chófer para que no abriera todavía la puerta.

- Diablos Lázaro, cuenta qué has encontrado, que no tengo paciencia para estas cosas.
- ¿Sabes quién fue el cardenal Agostino Sebastiani?
- Ni idea. Lo mío es el imperio de los Austria en el siglo XVII, y no recuerdo ningún cardenal con ese nombre.
- Sebastiani fue un cardenal de los tiempos de Pío Nono que estuvo destinado en España como legado pontificio. Pues bien, durante su estancia en España destinó enormes cantidades de dinero para buscar a la Orden del Espejo y la

Tabla. Modesto, el cardenal Sebastiani creía en la Tabla. Es más, sabía, como yo, que era real.

- Bien, pero tendrás alguna forma de probar todo esto.
- Eso es lo bueno; la tengo. Todos los papeles de la investigación se guardan en el Archivo Vaticano, pero, y esto es lo importante, en Simancas hay una copia del listado que realizó Sebastiani de los que buscaron la Tabla. Tengo de nuevo una pista amigo mío, y esta vez es buena. Muy buena. Ahora sólo falta que la universidad me consiga fondos para investigar en esa línea.
- Amigo mío –le dijo Modesto guiñándole un ojo de forma cómplice- creo que te vas a llevar una agradable sorpresa.

Y sin decir nada más abrió la puerta y, tras bajarse del coche, cruzó la puerta del conocido restaurante sin esperar a su amigo.